

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL TÉRMINO MEDIO



—Vamos á ver, Luisito, ¿qué quieres tú mejor, que te ilove á la pradera, ó que te compre un caballo?...

—Que me compres un caballo para ir á la pradera.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Amar de veras, por Angel Chaves.—Los saltadores andaluces, por Juan Pérez Zúñiga.—Animales domésticos, por Manuel Matoses.—Patriotismo?, por Eduardo Buallo.—Semper, por Ricardo J. Catarinea.—El beso, por Sinesio Delgado.—Cantares, por Felipe A. de la Cámara.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: El término medio.—El milagro del santo.—Anuncios, por Cilla.



Desde el Congreso.

Esto está que echa bombas.

Los republicanos presentan proposiciones incidentales, leen discursos kilométricos, formulan protestas y piden la palabra para alusiones. Hace cien horas que el Congreso está constituido en sesión; los hujieres se duermen de pie; los diputados, fieles a la disciplina, permanecen inmóviles en los escaños, y hay uno que apoya la cabeza en el hombro de un compañero, y hay otro que ronca apaciblemente en el regazo amoroso de Becerra.

En las tribunas hay mujeres hermosas que oyen los discursos con cierto interés, como si les preocupara grandemente la salud de la patria y el aplazamiento de las elecciones municipales.

—¿No tienen ustedes sueño?—pregunto a una dama de la clase de características, que luce un sombrero en forma de espuerta.

—No, señor—me responde.—Nosotras venimos aquí para ver si habla el novio de mi niña, que es diputado ministerial. Puede que usted le conozca; se llama Pepito Pulpejo.

—Y ¿por dónde es diputado?

—Por casa; quiero decir, por recomendación de mi esposo, que es uña y carne de Gamazo.

—¿Me lo puede usted enseñar desde aquí?

—Ahora no está en el salón. Ha salido a comer.

—¿A su casa?

—No, señor, a los pasillos. Le hemos traído la comida envuelta en un papel, porque sin cocido no puede pasar, y como ya le consideramos de la familia, le hemos guardado unos pocos garbanzos.

Yo he venido a la tribuna de la prensa en busca de asuntos cómicos, y a Dios gracias los hay en abundancia. Aquí está también Ricardo de la Vega tomando apuntes para hacer un sainete parlamentario, y en este momento (tres de la madrugada) llegan Ricardo Monasterio y López Silva, animados del mismo propósito.

Los diputados hablan que se las pelan; el presidente suspira y pone los ojos en blanco; tambaléanse los maceros y sudan tinta los taquígrafos. De cuando en cuando aparece en la tribuna un republicano feroz que viene de la calle y nos dice con acento tenebroso:

—Los grupos aumentan; la indignación cunde. En los sótanos de este edificio hay catorce guardias armados hasta los dientes. Casi todos estos que parecen periodistas son de la policía secreta.

Los aludidos se revuelven airados ante esta inculpación denigrante; pero el republicano continúa:

—En la calle del Florín, los de la ronda atropellaron a una criada por suponer que conducía materias inflamables en el delantal. Hay siete personas heridas de cox en la casa de socorro.

—¿Quién las ha herido?

—Los guardias de orden público.

Dicho esto, el republicano da media vuelta y se dirige de nuevo a la calle.

—Vaya, abur—nos dice.

—¿Adónde va usted?

—A agitar las masas.

Y antes de bajar las escaleras, se pone una barba postiza y unos anteojos verdes.

Entran en la tribuna más escritores cómicos: Granés, Paris y López Marín. Dirigen una mirada al hemicycleo y preguntan:

—¿Quién habla?

—Un diputado de la mayoría.

—¿Se sabe quién es?

—Nadie le conoce—contesta un periodista.

—Puede que sea Pepito Pulpejo—digo yo, recordando mi conversación con la señora de antes.

Efectivamente, debe de ser Pulpejo, porque la señora y su hija clavan en el orador sus miradas cariñosas y él de cuando en cuando levanta la cabeza, como si quisiera decir a los de la tribuna:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Crefían ustedes que no era hombre capaz de dirigir la palabra al país?

En este momento oye un gran ruido en los escaños. Es que un anciano de la mayoría acaba de rodar las gradas. Se había quedado dormido y al dar una vuelta pierde pie y cae de espaldas. Auxíliale un hujier con solicitud de padre, conduciéndole a la cantina. Allí le desnudan para reconocerlo y notan con profunda pena que tiene un cardenal en el lomo bajo.

La sesión continúa: es decir, Pepito Pulpejo defiende el aplazamiento de las elecciones con palabra fácil é insufrible. La mamá y la niña se entusiasman y no cesan de decir a cuantas personas hay en la tribuna:

—¿Ese chico le conocemos mucho.

—Porque es visita de casa—añade la niña con cierta intención.

—No andes con tapujos—inrerrumpe la mamá, y dirigiéndose al público, añade:

—Es el novio de ésta.

—Desde aquí parece muy guapo—exclama otra señora.

—Pues a esta distancia no tiene vista; como hay que verle es de frac y corbata blanca.

Los diputados de la mayoría no pueden abandonar el edificio por si es necesario emitir el voto, favorable al gobierno. Hay alguno que lleva ciento y pico de horas entre aquellas cuatro paredes y allí se lava y se peina; otros ni aun se lavan, y a uno se le ha caído el tinte del bigote y resulta ceniciento claro.

—¡Caramba, D. Augusto! ¡Cómo ha envejecido usted en estos tres días!—le dice un compañero.

El del bigote no se atreve a confesar que le falta el tinte, y se resuelve a salir del Congreso sin ser visto, para restaurarse en su casa; pero cuando va a trasponer los umbrales, le cierra el paso un ministro diciéndole:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Se va usted?

—Sí, señor; iba a mudarme.

—Pues adentro; de aquí no se va ni Dios.

—Pero...

—A votar.

El hombre tiene que volverse al catre parlamentario, exponiéndose a una vejez definitiva.

Entre los que viven estos días en el Congreso hay uno que no puede resistir las botas y ha hecho que le lleven de casa las babuchas.

—Pero, hombre—le dijo el jefe del Gobierno al verle aquellos pies que parecen dos mochilas,—¿tiene usted valor de presentarse así ante las Cortes soberanas?

—¡Ay, D. Práxedes! ¡Si usted pudiera verme los callos, me tendría compasión!

—Pues yo no puedo permitir que un diputado de mi partido se presente en el salón de sesiones con esas bases.

Entonces el diputado le pidió un cortaplumas a un macero amigo suyo y se fue a la sección 6.ª, que estaba solitaria, y estuvo media hora raspándose los callos; pero de pronto oyó el timbre que anuncia las votaciones, y tuvo que suspender su tarea para acudir al cumplimiento de su deber. Cuando entró en el salón precipitadamente, los ministros le llamaron aparte para decirle:

—¿Qué pies son esos?

—¿Cuáles?—contestó él, y bajó los ojos hasta el suelo.

Entonces pudo notar que en un pie se había puesto una bota y en el otro una babucha.

En fin, vengan ustedes al Congreso, donde se pasa muy bien el rato estos días de sesión permanente. Tal vez cuando se publique este artículo la sesión continúe, y si es así, yo recomiendo a mis lectores que no pierdan la ocasión y acudan a la tribuna de la prensa, aun-

que no sean periodistas ni escritores ni nada de lo que se relaciona con las letras; porque hay la ventaja de que la mayoría de los que vienen aquí son tan periodistas como soy yo banderillero ó sochantre ó individuo de la junta del censo.

LUIS TABOADA.

AMAR DE VERAS

(CARTA DE HACE UN PAR DE SIGLOS)

No arrepentida de todos, pero sí de una gran parte de los muchísimos yerros de su vida perdurable; ceceosa por costumbre, muy fingida de lunares y desperfectos del tiempo tapando con albayalde; por no andar muy bien de letras, aunque en otras cosas sabe lo que muchos bachilleres ignoran al graduarse; tomando por secretaria de sus no pocos afanes á un Matusalén con tocas que hecha hueso, si no carne, vive con algún provecho y derrocha sus bondades de niñas que no la tienen haciendo vecés de madre, de este modo la Villodres dictando estaba una tarde, entre suspiro y suspiro, esta epístola á su jaque.

«Tus letras he recibido, Lampuga, y el papel sabe que al darme lectura de ellas salí á lagrimón por frase. Sólo cuentas desventuras tú, que nunca me contaste más que hazañas que dejaban á las de Orlando en pañales, y no ves que en este mundo es fuerza que se aquilaten de la desdicha en la piedra almas, cual la tuya, grandes. Por lo demás, no es tu suerte tan ruin, puesto que ya sabes que á quien persiguen justicias bienaventuranzas caben. El rey te aloja en su casa, de ello no puedes quejarte, que el rey honra á sus vasallos, trátelos como los trate; y como en su monarquía ha de haber desigualdades, á unos tocan encomiendas, á otros remar en sus naves. Si te azotaron la espalda, por ello no has de agraviarte... Golpe á traición recibido nunca ha deshonrado á nadie, y á los que andando en tu oficio tengan la suya impecable, des que entrándose á monjas aprendan á entonar laudes. A un soplo lo achacas todo; no pienses tú que me extrañe, que el rufián, como el que suda, debe esconderse del aire; más como, á lo que barrunto, no han conseguido probarte aquel antuvión de daga que se llevó á Mascaraque, en diez años mal contados podrás el sitio dejarle, si no á quien más lo merezca, á quien procure imitarte. ¡Pides que te contribuya en algo! Mucho y muy grande es el deseo que tengo de que estrechéces no pases; mas ¡ay! aunque te parezca que no es en mí razonable

padecerlas, las padezco también yo tantas y tales, que de no ser por la honra estaba por envidiarte, que al fin te vistes con poco y el pan te le dan de balde. Aquí anda todo tan malo que hay algunas de mi clase que por lo poco que pecan esperan que han de salvarse, y por más que todavía no pueda en todo quejarme, pasan semanas enteras sin que á tu cariño falte. Noticias también me pides; esto ya es cosa más fácil, aunque las nuevas que corren son pocas y no agradables. A Chirinos le sacaron muy galán por esas calles con no sé qué letanías de hechicero y judaizante; mas como sabes que es hombre acostumbrado á estos trances, hay quien en juego de cañas no muestra tan buen talaate. A la Pingarrona dicen que mandan á tomar aires porque en un bolsillo ajeno se encontró unos cuantos reales. En cambio, hay aquí arbitristas de que mil encomios hacen sólo porque al rey proponen lo mismo, aunque más en grande. El Tomón se ha arrepentido, pero por no entrarse á fraile, noviciado de canuto hace para alguacilarse. A la Coscoja azotaron hace ocho días cabales, y aunque á tragos mata penas, la pobre está inconsolable, pues por el Guro ha sabido que ha fallecido su padre de un apretón de garganta, que es la enfermedad reinante. Añasco, Garabatea, Petotudo y la Pelambres en peligro están de muerte, Dios con su poder les saque, todo porque, sin ser deudos de no sé qué traficante, á bien morir le ayudaron no más que por heredarle. Ya ves que, aunque con desdicha, todos los que aquí trataste no han amenguado su honra ni por nada ni por nadie. Y adiós, que el papel se acaba. Bien sé que no has de olv idarme, que donde no hay otras hembras no es tu costumbre ser frágil. De mí pueblo responderte que, aunque cien años se pasen, te guardaré el alma entera y del cuerpo mucha parte.»

Puso una cruz la Villodres, la vieja con dedos ágiles plegó el papel, y al ponerle al sobre la última frase, murmuró:—Por Cristo vivo que no cambian las edades. La perdición de las hembras siempre ha sido el ser constantes.

ANGEL R. CHAVES.

LOS SALTADORES ANDALUZZOS

Pepe y Paco, de Cádiz y Jerez (1)

se hallaban una vez exagerando sin temor de Dios lo que llegó á saltar cada cual de los dos, y se lo voy á ustedes á contar: —Yo salto— dijo Paco—más que tú; pues recuerdo que un día en el Perú una zanja salté que tenía de anchura medio pie. —Ese salto lo da cualquier niño de teta, camará. —Es que *entavía* no te he dicho yo si la zanja era *jonda*. —¿Lo era?

—No! ¡Cien metros de *profundis*... ¡casi na! —Pues yo, Paquillo, te aventajo á tí. Encima de la mesa de comer, puse un día otra mesa; subí allí el gran mundo que tiene mi mujer. Encima del baúl coloqué un banco azul (sin ministros ni na) y un velador. —Quitarias el techo al comedor pa hacer aquella torre colosal. —¿El techo? No, señor. Yo acostumbro á comer en el corral. Pues bien; sobre el tinglado me subí con valor no común; pegué un salto mortal, y ¡cataplún! me arrojé al pavimento desde allí. —Fué gran salto, no digo yo que no (replicó ya picado el de Jerez); pero tuve yo un primo que una vez en Sevilla á las gentes asombró. Subióse á la Giralda, lo vi yo, y dió un salto que al propio Belcebú de fiyo le debió de estremecer. —¿Y adónde fué á caer? —Al otro mundo... ¡conque ya ves tú! V amoscado el de Cádiz, añadió: —Eso no vale na; porque ese mismo salto le di yo, y cal cinco metros más allá.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

ANIMALES DOMÉSTICOS

Es una lástima el tiempo que pierden los sabios dando consejos á la humanidad.

Aseguro que si yo tuviera la *probabilidad* de la sabiduría no había de meterme en tales trotes.

Siglos hace que los que tienen autoridad para ello vienen recomendando el lema labrado sobre la portada del Museo de Velasco (que es, como se sabe, un templo griego vecino de *Jai-Alai*), «Nosce te ipsum,» y maldito el caso que hacen los hombres de la recomendación.

Los unos no se dedican á estudiar nada, ó cuando más estudian la carrera de concejal, y los menos, es decir, los más estudiosos se dedican al estudio y educación de los animales.

De ahí ha venido el cultivo ó la educación de los animales para hacerlos domésticos.

Respecto de algunos *seres* la aclimatación doméstica ha resultado muy extendida. Hay gatos por todas partes, perros por doquier y canarios cantores que hacen la delicia de sus dueños aunque molesten á los demás.

Un amigo mío, escritor veterano y trasnochador sempiterno, rompió en una ocasión las relaciones que mantenía con una patrona que le cuidaba muy bien, siendo un canario la causa de la ruptura.

Cuando mi amigo se entregaba al reposo, apenas despuntaba el sol comenzaba el canario sus artísticos gorjeos, y el infeliz poeta no podía conciliar el sueño.

—Mire usted, señora—dijo un día á la patrona,—entre el canario y yo hay incompatibilidad de aficiones. El ó yo estamos de sobra en el mundo, ó por lo menos en esta casa.

—Pues entonces—contestó ella con gravedad—el que está aquí demás es usted. Canarios como éste no se encuentran en el mundo ni por mil duros y huéspedes de á dos pesetas andan por ahí á puntapiés.

El trinar del canario prevaleció. Mi amigo cogió el baúl y se fué con la música á otra parte, es decir, se fué huyendo de la música.

Conste que yo opino como mi amigo, es decir, que el trinar de un canario me parece inútil, y no comprendo cómo haya personas que tienen tres ó cuatro canarios en la casa, y sin embargo se quejan al gobernador porque tolera que los organillos toquen por las calles el vals del «caballero de Gracia» ó la habanera de la «pobre chica.»

(1) Respectivamente.

EL MILAGRO DEL SANTO

(QUE SE VERIFICA TODOS LOS AÑOS IRREMEDIABLEMENTE)



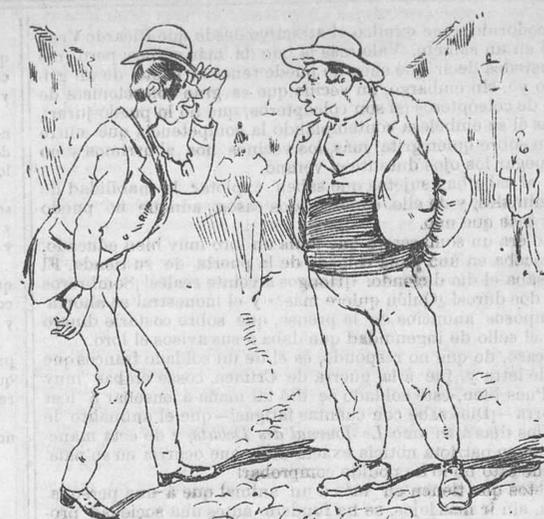
Viene á Madrid uno de los primeros contribuyentes de Villamelocotón, con el propósito de echar una cana al aire.



Deja los chirimbolos de viaje en la primera posada que encuentra,



...y se lanza á gozar de todos los encantos gratuitos de la corte.



Á poco rato encuentra un caballero muy fino que le saluda atentamente.



Y le pide luego mil perdones por haberle confundido con el secretario del ayuntamiento de Villacrucena, de quien es primo por parte de padre.



En esto se acerca otro caballero, que huele á inglés á doscientas leguas.



Y como el de Villamelocotón no entiende una palabra del idioma del recién llegado...



el otro se encarga de explicarle que lo que quiere el inglés es depositar cuatro mil libras esterlinas en el primero que encuentre por la calle, para evitar que se las robe algún granuca.



Pero como necesita hacer un pequeño pago, el de Villamelocotón no tiene inconveniente en entregarle cuanto lleva encima, puesto que le deja en depósito una verdadera fortuna.



En seguida se despiden el hijo de la nebulosa Albión y el caballero atento.



Y queda el de Villamelocotón saltando de alegría por la ganga que le ha caído.



Ya en la posada, al ir á contemplar su tesoro, no puede menos de bendecir al milagroso San Isidro, que ha convertido, á ojos vistas, las libras esterlinas en interesantes folletines de *La Correspondencia*.

De las codornices me explico el atractivo desde que Ricardo Vega lo explicó en un sainete. Vale más la que da más golpes; pero ¿me quieren ustedes decir qué encanto puede tener el canto de un grillo? Tengo yo, sin embargo, un vecino que es gran coleccionista de esta clase de coleópteros (si son coleópteros, que no lo puedo jurar), y mientras él se embelesa contemplando la competencia que entre sí entablan sobre quién grita más, los vecinos nos aburrirnos y no podemos pegar los ojos durante el verano.

Al fin y al cabo hay sujetos que saben explotar la habilidad de algunos animales, y de ello conozco dos casos, aunque no puedo garantizar más que uno.

Este uno era un sombrerero que tenía un loro muy bien educado, al que colocaba en una jaula colgada de la puerta de su tienda. El loro se pasaba el día diciendo: «¡Hongos á veinte reales! ¡Sombreros de copa á dos duros! ¿Quién quiere más?» y el menestral se ahorra los pomposos anuncios en la prensa, que sobre costarle dinero no tenían el sello de ingenuidad que daba á sus avisos el loro.

El otro caso, de que no respondo, es el de un soldado francés que no sabía de letra y fué á la guerra de Crimea, cosas ambas muy posibles. Pues bien, este soldado se dió tal maña á enseñar á leer á una cotorra — ¡Dios sabe con cuántas fatigas! — que el animalito le leía todos los días á su amo *Le Journal des Debats*, y de esta manera tenía el buen patriota noticia exacta de lo que ocurría en su país. ¡Ya digo que esto no lo he podido comprobar!

Hay sujetos que tienen en más á un animal que á una persona. En España, sin ir más lejos, se ha fundado antes una sociedad protectora de animales que una sociedad protectora de niños, y aún está por fundar una sociedad protectora de maestros de escuela.

Conocí á un sujeto que daba una paliza á sus hijos los días que no se sabían la lección, y toda su perseverancia y paciencia la empleaba en enseñar el ejercicio militar á un perro de aguas. El resultado fué que uno de sus hijos murió deslomado en un hospital por salir suspenso en primer año de latín, y el perro salió tan diestro en el manejo de las armas, que le hubieran admitido como voluntario en un regimiento á no presentar la dificultad de ser corto de talla.

El caso es que los hombres aficionados á la perfección de los animales aún no han llegado á ponerse de acuerdo. No me explico, verbigracia, por qué razón los unos se dedican á educar gatos al propio tiempo que otros se ocupan en enseñar ratones. Si el ratón es susceptible de cultura hasta el punto de que llegue á mirar el queso con indiferencia, ¿qué necesidad tenemos de los gatos? Y si el gato ha de acabar siempre por comerse al ratón, ¿qué necesidad tenemos de ratas sabias?

Sobre que eso de educar simultáneamente á los individuos de razas enemigas tiene algo de contravención á las leyes divinas. Si las moscas han venido para alimentar al pájaro y el gusano para servir de pasto á la gallina y la sardina para que se la comán los atunes, dejemos en su punto los designios de la Providencia y empleemos nuestra inteligencia y nuestra actividad en educarnos unos á otros, que, dicho sea sin propósito de ofender, algo necesitados de eso estamos.

Por eso merece mis simpatías aquel sujeto imaginado por Villergas, á quien trajeran de América, como gran regalo, una cotorra que hablaba más que... ¿quién diré yo? más que Jove y Hevia cuando estaba en voz.

Ocurrió que á los pocos días de hecho el obsequio se encontró el que le había recibido con el que le había hecho.

—¿Qué tal?—dijo éste.—¿Qué tal la cotorra?

—¡Muy rica!—contestó el otro.—Muy sabrosa, pero... ¡un poco dural!

¡Se la había comido! ¡Y había hecho bien!

Pues si Dios hubiera querido que la facundia residiera en los loros, ¿hubiera concedido el don de la palabra á los hombres? Y si hubieran de hablar las cotorras en vez de las personas, ¿se pedirían los diputados á los pueblos ó á los pajareros de la plaza de Santa Ana?

Puede admitirse la educación de las pulgas, aunque yo preferiría destruirlas; pero puesto que hay casas de huéspedes de donde no pueden echarlas por más esfuerzos que hacen, edúquenlas y enseñenlas á tirar de un carrito. Quizás el día en que la raza llegue á un grado de cultura superior tengan á menos vivir de nuestra sangre y se decidan á tomar parte en el concierto fabril é industrial.

Pero ¿los demás bichos? Déjeseles cumplir su misión. El ruiseñor en el bosque, el pavo en la cazuela, la alondra en el aire...

Sobre todo los grillos, déjeseles en el campo.

¿Que hay á quien le gusta el grito estridente é inarmónico?

Pues á un teatro de función por horas, donde se encuentra cada coro de señoras que no hay oído que resista sus cantos.

M. MATOS ES.

¿PATRIOTISMO?

Yo he leído en un diario del día ó de la noche,— de esos que á todas partes envían sus *reporters*,— noticias telegráficas de estilo corniforme que encantan á los muchos taurófilos lectores que quieren al califa seguir desde la corte

en ese su postrero brillante *tour de force*.
Atento á la coleta que aún cae sobre el cogote que hoy la atención embarga de todas las naciones; mientras los diputados en un brete nos ponen con sus indefinidas estériles sesiones,

hay escritor anónimo que el magistral estoque canta á orillas del Ebro y á las del mar salobre.

Por hilos telegráficos nos vienen los informes; de *Lagartijo* vemos lo que habla, bebe y come, los miles que se embolsa, sentencias que se le oyen, y pitos que le aturden y puros que recoge.
Y la ciudad heroica que halló fama en el orbe con su Pilar sagrado y su inclinada torre; la que al francés en guerra probó en dos ocasiones que pechos, no murallas, resisten á invasores, leyó—como leímos no pocos españoles—

que «del valor patriótico habla el taurino á voces;» que en la afición baturra de un bruto á los derrotes, recuérdase en sus glorias la raza del tío Jorge.
¿Qué tienen, cielo santo, que ver los *mataores* con Agustinas que hablan por bocas de cañones? ¡Ni qué aquel patriotismo, nutrido en los dolores, con este que se alegra con largas y *recoñtes*! Que triunfe *Lagartijo*, traído al estricote, y que, al cortarse el pelo, el pelo *no le tomen*. Pero, por Santa Engracia, que los admiradores no den al patriotismo el *golletazo* innoble.

EDUARDO BUSTILLO.

SEMPER (1)

Mi amor es religioso... ¿Cuántas veces hoy, que ya es imposible, todavía mi corazón su queja misteriosa manda hacia ti, como hacia Dios sus preces el alma religiosa en el silencio de la noche envía! No sé si por corrientes ignoradas llegarán hasta ti de mis gemidos los ecos repetidos y mis ansias calladas; no sé si en algún rayo de la luna sorprenderán tus ojos el poema de esta pasión sin tregua y sin fortuna que mis entrañas y mis nervios quema; no sé si un ángel, en el viento oculto, te contará al oído que en el pecho escondido aún guardo eterno de tu amor el culto; no sé si tú sabrás mis grandes luchas y los abrojos con que yo tropiezo; no sé si tú me escuchas... ¡Tampoco sé si Dios me escucha, y rezo!... Como el alma creyente, juzgando sus desdichas necesarias, no reniega de Dios, que las consiente, yo, que hallo en ti de mi dolor la fuente, elevo á tus rigores mis plegarias. Y, si me quieres ver morir, derecho hacia la muerte partiré, y sumiso daré la sangre que en mis venas late, como el árabe muere satisfecho seguro de que van al paraíso los que saben morir en el combate.

Mi amor es generoso... Amada mía: contempla la feraz naturaleza, los campos verdes á la luz del día, ese inmenso arsenal de la belleza, eterno imán de eterna poesía. Es la naturaleza bienhechora, y á quien las rosas quita de su traje, en nueva primavera encantadora nuevas rosas le ofrece en su ropaje. Y á quien, cuando la duda le asesina, sabe azotarla con sus pies con furia, ¡en el bosque, en el valle, en la colina, flores le da para pagar la injuria! Y así es mi amor: cada ilusión risueña que me arrebatas, cuando logro verte, ¡mi corazón como venganza sueña otra nueva ilusión que va á ofrecerte! Mi amor es inmortal. Si tú el derecho niegas para llamarte compañera á un alma cuyas ansias te reclaman, coge un puñal y clávalo en mi pecho, deja que herido por tus manos muera... ¡y ya verás cómo los muertos aman!

RICARDO J. CATARINEU.

EL BESO

I
En un pueblo, no sé cuál,
pero sin duda importante,

un muchacho, practicante
de yo no sé qué hospital,
se enamoró locamente

(1) Del libro *Giraldillas*, que acaba de publicarse con una carta-prólogo de *Clarín*.

con una pasión bravía
de una chica que cosía
en un obrador de enfrente,
y en la primera ocasión,
cayéndosele la baba,
la dijo que la adoraba
con todo su corazón.

Ella no vió buen marido
en él, y dijo que *nones*
con las más breves razones
que se le dan á un nacido.

Con lo cual el desgraciado,
por las calabazas ciego,
sintió más ansia y más fuego
desde que fué desdennado.

(Porque todo el mundo sabe
que se pierde la cabeza
cuando en amor se tropieza
con un obstáculo grave.)

Empeñándose en vencer
á la pobre tosturera,
siempre espera que te espera
á la puerta del taller,

hizo de tal modo el paso
durante días enteros
que todos los compañeros
se enteraron del fracaso.

Al fin, irritado, loco
al mirarse escarnecido,
quiso tomar el partido
de contentarse con poco,

y la dijo:—Por favor!
Mira que vas á matarme,
y ya que no puedes darme
ni una esperanza de amor,

dame un beso, ¡sólo un beso
que recordar mientras viva!
Pero ella, honrada y altiva,
le respondió:—No, ni aun eso!

Ante aquel nuevo percance
rompió el mancebo por todo,
buscando de cualquier modo
la venganza á todo trance.

Desde entonces no hizo nada
más que mostrarse engreído
como si hubiera obtenido
los favores de su amada,
y la calumnia grosera
que destruye cuanto toca,
corriendo de boca en boca,
llegó hasta la costurera.
¡Siempre es creído el error
que á un tercero perjudica
Total, que á la pobre chica
la echaron del obrador.

II

Algunos meses después,
presa de terrible mal,
moría en el hospital
el número veintitrés;

una muchacha inocente,
muy joven, muy desdichada,
que había entrado atacada
de viruela confluyente.

¡Qué viruela, cielo santo!
¡Qué mucho que se asustara
todo el mundo, si la cara
de la enferma daba espanto?

Nadie se acercó á su lecho,
nadie más que un practicante
que al verla casi espirante
dijo en voz alta:—Esto es hecho.

El fallo oyó claramente
la infeliz que se moría,
pero al ver quién lo decía
se incorporó de repente.

Entre sus brazos huesosos
le estrechó como una loca,
y sellándole la boca
con sus labios asquerosos

le dijo:—¡Infame! ¡no es eso
lo que ansioso me pedías?
Pues ya lo tienes. ¡Querías
un beso? ¡Pues toma el beso!

SINESIO DELGADO.

CANTARES

Me hace sufrir tu cariño
y yo te sigo queriendo,
pues no puedo acostumbrarme
á vivir sin sufrimiento.

Al acercarse las olas
les contaba mis penitas,
y deshaciéndose en llanto
se alejaban por no oirlas.

¡Qué importa que no me quieras,
ni qué me puede importar
el que la vida me quites,
si eres tú quien me la das?

Con el sol riñó la luna,
y desde entonces el sol

la luz que á aquélla le daba
á tus ojos se la dió.

¡No hay madre como mi madre,
ni niña como mi niña,
ni tierra como mi tierra,
ni pena como la mía!

Para ser feliz del todo
mil y mil cosas deseas,
y yo soy feliz con una
nada más: ¡conque me quieras!

No sé qué pena es más triste
ni sé qué pena es más honda,
si las penas que se cantan
ó las penas que se lloran.

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

CHISMES Y CUENTOS

El colmo de la finura:
«Mi querido amigo: He recibido los dos ejemplares de tu última novela. Me gusta mucho, y para que comprendas si me habrá despertado interés, baste decirte que he leído de una sentada los dos ejemplares, uno detrás de otro.»

Dicen, Pilar, que has tronado
con tu novio siete veces...
¡Pues más que mujer pareces
un nublado!

VICTORIANO HOYOS.

Ya sabrán ustedes lo de la sesión permanente.
Desde ahora pueden decir los padres de la patria: Si esto hacemos nosotros por nuestra hija en una cuestión de tan poco fuste como la del aplazamiento de las elecciones municipales, ¿qué haremos cuando corra verdadero peligro?

Y hasta puede que lo demuestren apelando al obstruccionismo para que no se aprueben los presupuestos recién leídos.
Porque no sé si habrán caído nuestros abuelos en la cuenta de que todo se reduce á que vamos á pagar más y á pagar por todo.

Y ahí es donde nos duele.

Entretanto Lagartijo anda dando sus brillantes funciones de despedida por esas provincias de Dios.

La gente derrocha el dinero para aplaudir al Califa, y una porción de personas serias recorren tras él media España para ocupar columnas enteras de los periódicos con las frases siguientes:

«Ovación monumental.»
«Entusiasmo indescriptible.»
«El colmo del delirio.»
«El *disloque* del buen gusto.»
Etc., etc.

Después de todo, ¡qué demonio! casi merecemos que Gamazo nos tueste las entrañas.

Está terminado ó para terminarse el sumario del *niño perdido*.
Y ya verán ustedes en qué venimos á parar; en una cosa, es decir, en dos cosas.

En que aquí cualquiera puede vender los hijos cuando le dé la gana.
Y en que á las damas que compran chicos para sus fines particulares se las traga la tierra.

Libros:

Via libre, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa, original de Carlos Arniches y Celso Lucio, música del maestro Chapí, estrenada recientemente con grandísimo éxito en el Teatro de Apolo.

El cáncer social, excelente novela del joven y distinguido escritor D. A. R. López del Arco, que revela en ella grandes adelantos en tan difícil género. Precio: 2 pesetas.

El libro de mis cantares, por D. Francisco Antich é Izaguirre, que demuestra ser un poeta de verdad, de inspiración y nervio. Precio: 50 céntimos.

Diccionario de electricidad y magnetismo. La casa editorial de Bailly Bailliére ha publicado la primera entrega de esta importantísima obra. Cuesta cada una, con excelentes grabados, 40 céntimos.

Vencer en buena lid, propósito cómico en un acto, en prosa y verso, original de nuestros compañeros Sres. Mínguez y Adán Berned, estrenado con gran éxito en el Teatro Eslava.

Política elemental, de Th. Baleigh, traducción del inglés por A. Guerra. Esta importante obra forma el tercer volumen de la Biblioteca jurídica de autores contemporáneos, que se publica con grandísima aceptación. Precio: una peseta.

El pozo de los apuros, juguete cómico en un acto y en verso, original de D. José del Pino y D. José G. Rufino, estrenado con buen éxito en el Teatro del Duque, de Sevilla.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un rimador incipiente.—¿Que desde cuándo son asonantes *enis, siempre, Verdi y verdé*? Desde el primer día de la creación por la mañana. Y no hay tales licencias poéticas ni tales carneros. Porque le advierto á usted que *busilis* y triste son también asonantes, cosa que le parecerá á usted milagrosa.

Sr. D. P. L.—Madrid.—Como el asunto es vulgar, la composición se hace pesadísima.

Un abogado en ciernes.—Y poeta no menos en ciernes; porque no mide los endecasílabos como Dios manda, y le salen largos algunos.

Sr. D. M. M. y L.—Los asuntos no valen la pena y la forma es un poco afectada.

Naranco.—¡Válame la Virgen de Covadonga, qué malo es eso!

Pauci vero electi.—Eso que usted dice, muy erótica y muy cursi. Parece una octavilla de la célebre *desesperación* que cuelgan á Espronceda.

Carboncillo.—El trabajo excesivo que pesa constantemente sobre él le impediría seguramente complacer á usted.

La rana.—¡Pues... vaya una filosofía que tienen los batracios!

El sonetero.—Esta vez no puedo aprovechar ninguno.

Seguidilla.—Los cantares no sirven todavía...

¡y qué mal anda usted de ortografía!

Gayferos.—No señor, no es publicable, porque ¡ay! no se recomienda ni por el fondo ni por la forma.

Sr. D. P. H.—Dispense usted, pero no puedo resistir á la tentación de copiar los cuatro primeros versos. Allá van:

«Al estancar las cerillas
aviaron al fumador
pues no halla luz por un ojo
ni tampoco por los dos.»

Lo cual es una verdad como un templo.

Sr. D. M. T. S.—Lo peor que tiene el soneto es estar hecho sobre una idea vieja.

Cibeles.—No los tengo á mano, pero si no dije á usted nada no entrarían en turno.

K y Q.—Sí, señor, muy bonito *Berso*, como usted dice. Tan bonito que lo voy á publicar inmediatamente:

«Á MI AMADA
Prenda de mis amores
niña hechicera
de languidez,
deja que mi amor triste
busque consuelo
y solidez.»

Pues mire usted, para consuelo y solidez... en el Banco de España.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



San Isidro labrador
dice que se debe usar
como agua de tocador
la Colonia Palomar.

Fuencarral, 27.
Perfumería y Droguería.

CARTA



«Sr. D. Sinfotoso
Montoya y Santibáñez,
vecino y propietario
de Villacabezales



Si vienes a la corte,
no dejes de comprarte
para terraza y patio
baldosas especiales,



Y así verás de paso
soberbios y elegantes
forones para techos
que dicen: ¡admiradme!



Y si tu casa quieres
que á todos entusiasme,
pon de mosaico hidráulico
el pavimento y cállate



No tengo más noticias.
Recuerdos á tu madre
y sabes que te quiere
tu amigo, *Fedro Sanchez.*
Escofet Fortuny y Compañía
Alcala, 18 (Equitativa)

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



A Carrasco compré un hongo
de color
de café, que yo supongo
que no hay otro hongo mejor.
Carretas, 26.



Fausto asedió á Margarita
y la rindió en un instante
con su camisa flamante
de cuello de pajarita.
Martínez.—San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



—Clotilde sería bella
si no tuviese esa mella.
—Por eso es muy conveniente
y razonable que en ella
coloque Tirso otro diente.
Mayor, 73.



ruesto que el calor ya saca
las uñas y el pecho fuera,
id y compradle á Pesquera
americanas de alpaca,
que las tiene de primera
Magdalena, 20



—Á la flor y Nata vete
y trae á escape, l'orcata,
una tarta ramillete
y dos pasteles de nata.
Plaza de Celenque, 1.



En cuanto apunta el verano
debe todo fiel cristiano
dormir después de comer,
y además tener á mano
Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



De todos estos que van
hacia la ermita del santo,
algunos beberán tanto
que ni tenerse podrán.
¡Y cuánto agradecerán
que al volverse á su morada
se les tenga preparada
para acabar la *soirée*
su cama del Bazar de
la Plaza de la Cebada!
(número 1.)

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 2, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ A CUATRO



Á fuerza de cavilar
se quedó calvo Carmelo,
pero volvió á echar el pelo
con la Quina Palomar.
Fuencarral, 27
Droguería y Perfumería